SODALITIUM

Año IX - Semestre II n. 3 - octubre de 1992 Nº 31

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 31, pág. 2.
Título original: *Ci rivedremo a Canossa… San Gregorio VII e la sua epoca. Prima parte: la preparazione di un Pontificato.*
Autor: Ugolino Giugni
Fecha: **octubre 1992.** Traducido al español.
Pág. web: www.sodalitium.it email: info@sodalitium.it

Hagiografía

NOS VEREMOS DE NUEVO EN CANOSSA... SAN GREGORIO VII Y SU ÉPOCA

Primera parte: la preparación de un pontificado

por el P. Ugolino Giugni

El papa San Gregorio VII absuelve al emperador Enrique IV de la excomunión, el cual está besándole el pie. (Pintura de F. Zuccari, presente en el Vaticano)

Ocasión y límites de este artículo

Canossa es una localidad cercana a Reggio Emilia, testigo de acontecimientos de gran importancia para la Iglesia Católica. La memoria de este pueblo ha entrado en la sabiduría popular de los proverbios italianos; frases como "ve a Canossa", "Nos volveremos a ver en Canossa", indican que tarde o temprano llegará el momento del ajuste de cuentas... [el evangélico: "*redde rationem...*"] y del arrepentimiento (al menos aparente), en los que uno debe pedir perdón por el mal hecho.

De hecho, bajo el castillo de la condesa Matilde de Canossa, el emperador Enrique IV de Alemania en 1077 pasó tres días y tres noches en el frío y descalzo en la nieve, antes de ser admitido en audiencia por el glorioso papa San Gregorio VII, quien tuvo que levantar la excomunión que él (bien) merecía del mismo santo Pontífice, debido a su comportamiento como perseguidor de la Iglesia.

Mi intención es hablar de San Gregorio VII en este artículo, que deliberadamente irá más allá de los límites de la narrativa hagiográfica para abarcar la cuestión política y jurídica de las relaciones entre Iglesia y Estado. La oportunidad me fue dada por la reciente lectura de algunos libros de tipo "católico" que critican la obra de este gran Papa, un intrépido defensor de los derechos y la libertad de la Iglesia, siempre bajo el impulso de una ideología laicista y anticlerical que "insiste en el *sacerdotium* real de toda persona bautizada, que tiene la tarea de anunciar la gloria de Jesucristo" ([1]), en contraposición al papel del clero jerárquico en la vida de la Iglesia.

Según estos autores, el equilibrio histórico del pontificado de San Gregorio VII se define como "trágico" y "nos deja muy perplejos". Gran parte de la culpa por el cisma oriental que se consumó definitivamente en 1054 se atribuye a este santo Papa; así como "la ruptura total entre el Papado y el Imperio y una oposición que causará un daño considerable a la Iglesia" ([2]). A San Gregorio VII, principal impulsor de la reforma en el siglo XI, se le atribuyen "esas tensiones, esas fracturas institucionales y culturales" que "marcaron indeleblemente al mundo cristiano occidental" y que "caracterizarían la historia de los siglos siguientes de manera cada vez más acentuada" ([3]).

Si este es el juicio común sobre “Gregorio VII” hoy en día [después del Concilio Vaticano II], los santos incómodos o embarazosos son fácilmente “descanonizados” quitándoles, incluso en la literatura católica el “san” que debería preceder a su nombre, obteniendo así como resultado, debido a la ignorancia de la mayoría, el efecto que se pretendía con la omisión de esa minúscula “S”: San Gregorio VII es solo simplemente Gregorio VII, San Pío X se convierte en Pío X. Hablar mal de ellos es más fácil y menos irreverente... “Juega con los lacayos y deja en paz a los santos...”], ¿qué debe pensar de él y de su obra un verdadero católico, que ve en San Gregorio un ejemplo de virtud y de conducta que la Santa Madre Iglesia ha puesto en los altares y por tanto propone para la veneración de los fieles?

León III corona a Carlomagno emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en Nochebuena del año 800

Dom Guéranger, el ilustre abad de Solesmes, en algunas de sus obras tiene páginas de admiración y profundo respeto y veneración por San Gregorio VII.

> «San Gregorio VII —dice— salvó a la sociedad del mayor peligro en el que se había visto envuelta, haciendo renacer las costumbres cristianas mediante la restauración de la libertad de la Iglesia.»
>
> «Para sanar tantos males, para dejar que la luz penetrara en tal caos, era necesario que Roma se levantara de su humillación y salvara el cristianismo una vez más. Se necesitaba un Pontífice santo y enérgico que sintiera en sí mismo esa fuerza divina, cuyos obstáculos nunca cesan;

un Pontífice cuya acción podía ser larga y el impulso lo suficientemente enérgico como para arrastrar a sus sucesores por el camino que abriría. Tal fue la misión de San Gregorio VII» ([4]).

«Uno de los nombres más gloriosos de la historia es, sin duda, el nombre del gran Pontífice, San Gregorio VII» ([5]).

«Su personalidad sigue oscilando entre la admiración y el odio de las facciones opuestas. En la gran historia de los papas, quizá ningún otro pontífice romano estuvo tan excelentemente dotado por la naturaleza y la gracia divina para librar esa gigantesca batalla que libró para liberar a la Iglesia de tantos lazos terrenales y obstáculos políticos. Su grandeza más que humana y su firmeza inflexible prepararon el camino para que sus sucesores dominaran, no solo espiritualmente, sino también temporalmente, el mundo de la Edad Media. El papa Paulo V lo inscribió en el catálogo de santos pontífices como un acérrimo defensor de los derechos de la Iglesia» ([5 bis]).

El abad de Solesmes cita a otros autores que atestiguan la santidad y grandeza de San Gregorio VII; aquí está el testimonio del canónigo Paul de Bernried, quien escribió su vida en 1131:

«La gracia septiforme llenó así el espíritu del séptimo Gregorio, que reprendió al mundo y a sus príncipes por el pecado, la injusticia y el crimen, quien, fortalecido por el alimento divino que acababa de recibir, se lanzó hacia el camino celestial y (allí) fue llevado, como Elías, en un carro de fuego debido a su celo por los intereses divinos.» ([6])

La característica que hace que nuestro San Gregorio sea tan glorioso para Dom Guéranger, y por tanto para todos los verdaderos católicos, es que fue un defensor acérrimo de los derechos y la libertad de la Santa Iglesia. Tanto es así que, como dice la “leyenda” del Breviario Romano (de la que hablaré al final de este artículo):

«Fue poderoso en obras y con su palabra para reparar la disciplina eclesiástica, se dedicó con tal celo a erradicar errores y corrupción que se difundían, que **no hubo Pontífice desde la época apostólica que soportara mayores penurias y molestias para la Iglesia de Dios, y que combatiera más encarnizadamente por su libertad**» ([7]).

Esta misma característica suya, si bien hace que los católicos no infectados por el liberalismo y el modernismo lo amen y lo veneren, al mismo

tiempo atrae el odio y la aversión de los sectarios, enemigos de la Iglesia, los herejes galicianos, los regalistas, así como la antipatía de los "católicos liberales", los "anticlericales católicos" (los dos términos parecen contradictorios, pero en la "fauna tradicionalista" también hay católicos... ¡anticlericales!) y de los modernistas de ayer y de hoy, muy felices de poder hacer un "mea culpa" por los supuestos "defectos de la Iglesia" en siglos pasados, defectos de los cuales, como ya hemos dicho, ni siquiera el pontificado "trágico" de San Gregorio VII estaría exento de ellos.

También en el artículo citado de "*30 Giorni*", el autor se pregunta si "¿la elección de los Pontífices por parte del Emperador como representante del cristianismo fue entonces tan perjudicial para la Iglesia?" ([2]). Dejo la respuesta al lector, después de leer el resto de esta historia.

Permítanme de pasada señalar a estos "penitentes por los pecados ajenos" que la Iglesia es santa y asistida por el Espíritu Santo, y que por tanto no se puede criticar su obra en la persona de los vicarios legítimos de Cristo que la cuidan. Si entonces se me objeta que debemos considerar los tiempos históricos, la mentalidad de las personas, y que, por tanto, lo que pudo haber sido correcto y verdadero ayer, puede que ya no lo sea hoy, me gustaría señalar a estas personas que se hacen daño a sí mismas porque lo que "les parece" correcto hoy, puede que mañana ya no lo sea... y dentro de cien años podría haber alguien dispuesto a hacer un "mea culpa" por los pecados de hoy...

Momento histórico

La historia de la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo puede resumirse legítimamente como una historia de crisis de la que ella siempre ha salido victoriosa y fortalecida.

El "pequeño rebaño" en sus inicios tuvo que soportar la "crisis judaica", durante la cual las persecuciones de la sinagoga, como nos cuentan los Hechos de los Apóstoles, intentaron asfixiarla desde el principio.

Esta primera crisis, tras la destrucción de Jerusalén (70 d.C.) y la diáspora del pueblo judío, fue seguida por la "crisis pagana" con las sangrientas persecuciones de los emperadores romanos. Esta "terrible crisis pagana habría ahogado a la Iglesia cien veces en su sangre si Dios no hubiera estado con ella" ([8]).

Con el Edicto de Milán en 313, bajo Constantino, se concedió la libertad a la Iglesia, y la religión cristiana, tras tres siglos de persecución, fue proclamada religión pública del Imperio, triunfando así sobre sus enemigos y emergiendo fortalecida de la "crisis judaica" y la "crisis pagana".

> «Pero los emperadores bizantinos, que apoyaban al bando de los arrianos, comenzaron inmediatamente a oprimir a la Iglesia, intentando esclavizar el altar al trono ([8]). La jerarquía católica, en todo el reino, estaba apoyada por la jerarquía arriana, que era muy poderosa gracias al apoyo del Estado.»

Con acontecimientos alternados, con figuras destacadas como San Gregorio Magno, superada la "crisis bárbara" y la bizantina durante la cual el poder civil intentó repetidamente subyugar el poder espiritual de la Iglesia, llegamos al período histórico que nos interesa, es decir, la época medieval.

En la noche de Navidad del año 800, León III coronó a Carlomagno emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y así se afirmó en la Edad Media la doctrina según la cual el Papa y el Emperador eran dos estrellas; el Sol y la Luna que iluminan y gobiernan el mundo entero: César (la Luna) recibe su luz del Sol papal, el Pontífice de Dios mismo, fuente y autor de todo poder. ([8])

Bajo los carolingios, este equilibrio entre el Sol y la Luna se mantuvo en general. Pero pronto, cuando el Imperio fue restaurado bajo los emperadores germánicos, la Luna intentó oscurecer al Sol. Para ello, se utilizaban investiduras feudales, que a menudo se conferían a los obispos de la Iglesia Católica, quienes así se veían sujetos a los dos poderes: el poder espiritual del Pontífice romano y el poder temporal del Emperador.

Bien pronto, los obispados, a los que estaban ligados los feudos temporales, comenzaron a considerarse más desde este punto de vista que desde el espiritual. Ocurrió que las familias nobles, poderosas por sus armas y su dinero, se reservaron estos feudos, o más bien las dignidades eclesiásticas a las que estaban ligadas; además, de este modo los obispos eran designados por el emperador, a quien debían jurar incluso antes de recibir la consagración.

Dado que la concesión de las más altas dignidades eclesiásticas estaba en manos de los príncipes, debido al sistema feudal vigente, se deducía que los sujetos no se elegían según criterios de rectitud moral, sabiduría, doctrina

o virtud, sino según la pertenencia a ciertas familias y la lealtad al príncipe que confería la dignidad. También debe añadirse que no era raro que estos cargos eclesiásticos se compraran con dinero (simonía).

Lo mismo ocurrió con el Papado, que también se convirtió en objeto de luchas partidistas, cayendo en la más profunda impotencia y acabando en manos de las familias nobles de Roma, que sin ningún respeto por la dignidad colocaban a sus parientes y favoritos en la Cátedra de San Pedro.

De todo esto se siguió una decadencia en las costumbres de la jerarquía eclesiástica, que debido a la interferencia secular estaba sujeta al poder civil.

El pueblo, al verse abandonado por el clero, se distanció de él, convirtiéndose así en presa fácil de los demagogos, fundamentalistas, figuras sociales o políticos que creaban sectas religiosas y heréticas; fue durante este período cuando nacieron los albigenses y los cátaros.

> «El Imperio, desde su segunda restauración en la familia sajona, fue un peligro para la Iglesia. El privilegio otoniano ([9]) encadenaba la sede romana y la Iglesia, por esta razón se le llamó correctamente *Pravilegium.* Después de los tristes tiempos de los pontífices tusculanos, siguieron elecciones más o menos hechas con autoridad imperial, y los pontífices tusculanos gobernaron con interrupciones desde el año 931 hasta 1059; la elección de los pontífices bajo el yugo imperial subsistió con cierta tranquilidad hasta mediados del siglo XI.
>
> Providencialmente ocurrió que cuanto peor eran los emperadores, tanto mejor eran los pontífices: de Juan XII llegamos a Gregorio VII: de Otón I a Enrique IV (...). Ese emperador, que se arrogó el derecho de crear y deponer pontífices a su antojo, fue derrotado por un anciano indefenso que se había refugiado en la fortaleza de Canossa.
>
> En esa lucha el Imperio sufrió, por la malvada guerra contra el Pontificado, una primera gran derrota; aquí, de hecho, la debilidad armada queda claramente revelada ante la fortaleza del indefenso Pontífice. Los emperadores de la familia Hohenstaufen remediaron la derrota canosiana y pensaron en borrarla y vengarla por completo. Por segunda vez, el opresor del Pontificado y de la Iglesia pareció afortunado: en verdad, encadenado y postrado por su culpa, el Imperio declinó, afectado por una languidez incurable.» ([10])

«A costa de duras luchas, se obtuvo la independencia del poder espiritual respecto al poder temporal, asegurando así la preeminencia del *sacerdotium* sobre el *imperium*. La Iglesia universal (...) ya no se adaptaba a la ley germánica feudal ni al sistema de iglesias propiamente dichas vigente en ese momento, y exigía plena libertad de acción. Tanto en la vida interna de la Iglesia como en las relaciones políticas con los estados, el Papado alcanzó un apogeo de poder nunca alcanzado en el pasado. La Iglesia, considerada la encarnación de la *Civitas Dei* de San Agustín, dominaba toda la vida pública, como guía indiscutible en todos los campos de la cultura superior. Al restaurar la disciplina eclesiástica sobre la base de la antigua, no solo se logró una mejora en el clero secular, sino que se generó un notable florecimiento de la vida monástica en formas cada vez más nuevas. La joven vitalidad y solidez del cristianismo occidental, unidas bajo la guía del papado, se expresaron especialmente en las cruzadas y en notables empresas misioneras, no menos que en las grandiosas creaciones de la escolástica y el misticismo y de la arquitectura románica y gótica.» ([11])

El iniciador que dio un impulso considerable a esta reforma de la Iglesia de Dios, la cual no se podía llevarse a cabo sin que recuperara su libertad, fue sin duda el papa San Gregorio VII.

Hildebrando de Soana. Nacimiento y formación.

Vivía en la ciudad de Soana, en la Toscana, un hombre temeroso de Dios llamado Bonizio, carpintero de profesión, que tuvo un hijo entre 1015 y 1020 al que llamó Hildebrando ([12]).

El joven Hildebrando pronto mostró una disposición magnánima y un genio extraordinario que llevó a su padre Bonizio a confiarle al abad del monasterio dedicado a la Santísima Virgen en el monte Aventino, para que pudiera instruirle en las artes liberales y ciencias y orientar su alma hacia la virtud. El tutor de Hildebrando fue el arcipreste Giovanni Graziano (según algunos era su tío), quien más tarde se convirtió en Sumo Pontífice con el nombre de Gregorio VI.

Como predicción de su futura grandeza, se dice que, aún sin conocer las letras del alfabeto, Hildebrando logró escribir estas palabras proféticas de David sobre el serrín esparcido en el taller de su padre: *"Él extenderá su imperio de mar a mar"* ([13]).

Desgraciadamente, dados los siglos que nos separan de nuestro santo, la historia no nos ha legado mucha información sobre su infancia y juventud, pues aún era un desconocido para todo el mundo.

Hildebrando da Soana, Papa S. Gregorio VII

Se dice que Hildebrando era "de estatura extraordinariamente pequeña, rostro pálido, pero de una fuerza de voluntad y espíritu incomparables. Lo que concebía, lo realizaba. Prefería imágenes y similitudes tomadas del lenguaje bélico." ([13 bis]).

En la juventud temprana de Hildebrando, la Iglesia se vio dividida por la presencia de tres papas que luchaban por el trono de Pedro: Benedicto IX (un joven de 18 años del partido tusculano, que tenía una conducta moral nada ejemplar), Silvestre III (elegido tras una revuelta debido a la conducta de Benedicto IX, pero expulsado por él tras solo siete semanas), y Gregorio VI (tío de Hildebrando, un hombre piadoso a favor de la reforma del clero, elegido para liberar a la Iglesia de un gobernante indigno). En 1046, el emperador Enrique III, un hombre de naturaleza seria y religiosa y devoto de la Iglesia, bajó a Italia con el objetivo de consolidar la posición del Imperio y liberar a la Iglesia del cisma. Los tres papas fueron depuestos y Clemente II (obispo Suidger de Bamberg, propuesto por Enrique III) fue elegido en su lugar.

Joven monje

Gregorio VI renunció voluntariamente al pontificado y siguió al emperador a Alemania, llevándose consigo al clérigo Hildebrando, que se quedó, sin embargo, en el monasterio de Cluny en Francia, convirtiéndose en monje.

> «Este monasterio se distinguía entonces entre todos los demás por la severidad de la disciplina y la ejemplar piedad en la conducta. (…) Un método de vida tan nuevo, la uniformidad inalterable del mismo, el orden de acciones ya preestablecido por la regla claustral, la constante orientación de todos los profesos hacia un único fin, la salvación eterna, ciertamente causaron una profunda impresión en la joven alma de Hildebrando y sembraron en ella esas primeras semillas que más tarde, en el transcurso de su pontificado, resultaron tan fructíferas. (…) Allí aprendió a domar los años de su juventud y a adquirir ese imperio tan extraordinario sobre sí mismo. Se sometió a la penitencia y a la maceración exigidas por la estricta regla de la orden.» ([14]).

Hugo, abad de Cluny, dio a Hildebrando toda su confianza, viéndole tan instruido en asuntos espirituales, que concibió las mayores esperanzas para él aplicándole las palabras proféticas de Juan el Bautista: "*Iste puer magnus erit coram Domino*" [este niño será grande ante Dios – nota del trauctor, en adelante ndt] (Lc. 1, 15). Poco después, Hildebrando se trasladó a Roma y, cuando regresó a su monasterio, fue elegido prior ([15]).

Es probable que durante este periodo Hildebrando viviera un tiempo en la corte del emperador Enrique III para ejercer el cargo de tutor del príncipe imperial (el futuro Enrique IV, con quien llegaría a enfrentarse como papa...).

En 1047 murió **Clemente** II, y el emperador mandó elegir a **Dámaso II**, quien reinó solo veintitrés días, falleciendo el 9 es de agosto de 1048. Esta vez el emperador pidió consejo a los obispos y a los grandes del reino para la elección del futuro Pontífice; viene entonces elegido el alsaciano Bruno, obispo de Toul, un hombre distinguido por su piedad, celo, prudencia y erudición, que tomó el nombre de León IX (San León IX...). Nuestro Hildebrando estaba muy satisfecho con esta elección y esperaba, con la ayuda de este hombre, poder llevar a cabo el proyecto de reforma que ya había concebido en su mente, de sustraer a la Iglesia del Estado, el poder espiritual del temporal, de hacer al Papa independiente del Emperador, o

incluso de colocarle, justamente como corresponde a la dignidad papal, por encima de este última. Con el poder del Papa así fortalecido y la Iglesia reformada, ésta estaría en mejores condiciones de promover la salvación de las almas.

Todo esto no podría ocurrir si no se superaban dos obstáculos que aún habían surgido en la elección de Bruno de Toul: el primero era que, para bien o para mal, este Papa también era tributario de su elección al emperador (de quien también era primo); por tanto, era necesario romper este vínculo, ya que León IX no podría haber hecho nada sin el consejo de Enrique III. En segundo lugar, era necesario que la elección hecha por el emperador sin el consentimiento del pueblo romano fuera declarada inválida e insuficiente.

Los acontecimientos, por diseño divino, ayudaron al prior de Cluny a completar su proyecto. El obispo Bruno de Toul, que había abandonado su diócesis para llegar a Roma, había decidido hacer escala en Cluny, donde llegó en Nochebuena de 1048 vestido con hábitos pontificales. Allí conoció a Hildebrando y al abad de ese monasterio. Hildebrando, ya muy estimado por el futuro Papa, persuadió fácilmente al obispo Bruno para que dejara sus insignias pontificales y fuera a Roma vestido de peregrino, para significar que la simple elección del emperador aún no le otorgaba derecho a la Cátedra de San Pedro. De hecho, la antigua costumbre era que no era el Emperador, sino el pueblo romano y el clero quienes tenían la facultad de elegir al Supremo Pastor de la Iglesia.

En cuanto llegó a la ciudad santa, Bruno de Toul la cruzó descalzo y vestido de peregrino, y fue aclamado Papa por el pueblo y el clero, que cantó himnos de alabanza. Bruno fue elegido así según los antiguos ritos, se llamó **León IX**, hizo varios milagros y también llegó a ser santo.

León IX quiso que Hildebrando de Soana le siguiera a la ciudad como consejero, le eligió Cardenal subdiácono de la Iglesia Romana y lo alojó en el monasterio de San Pablo extra muros; así, dos santos vigilaban las tumbas de los dos grandes apóstoles: San León IX la de San Pedro, Hildebrando la de San Pablo. Desde ese momento, tras el primer paso de su reforma (la **libre** elección del Papa) que había logrado plenamente, Hildebrando se convirtió en el alma de todo lo que se hacía en la Curia Romana: nada importante se emprendía ni concluía sin su consejo.

Cardenal de la Santa Iglesia Romana

Después de demostrar que su elección no dependía en absoluto del emperador, León IX celebró un sínodo en el que condenó la simonía, y fue en esta ocasión cuando, por gratitud, como ya hemos dicho, eligió cardenal al prior de Cluny.

Durante el pontificado de León IX, Hildebrando se ocupó del hereje Berengario (que negaba la Real Presencia de Jesús en la Eucaristía), a quien pudo reconducir a una parcial profesión de fe en el Concilio de Tours. En 1054 se consumó el cisma de la Iglesia Oriental, liderado por el patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario, un acérrimo opositor del "*Filioque*", profesado por la Iglesia latina y contrario a algunas normas disciplinarias de los occidentales. Los legados papales, incluido el cardenal Umberto di Silva Candida, que había ido a Constantinopla para resolver las disputas, tras indignarse con el patriarca, abandonaron la ciudad sacudiendo el polvo de sus zapatos al modo evangélico, no sin antes haber colocado la bula de excomunión en el altar de la basílica de Santa Sofía contra Miguel Cerulario y sus seguidores ([16]).

Mientras tanto, en Roma, León IX había muerto incluso antes del regreso de sus legados de Oriente. Hildebrando fue encargado por el clero y el pueblo de Roma para ir a Alemania al emperador y obtener el permiso para elegir un nuevo pontífice **en nombre de los romanos**; la elección estaba completamente en sus manos. Se comportó con gran prudencia para no ofender la sensibilidad del Emperador y, al mismo tiempo, para encontrar a alguien digno de este cargo.

Yendo a Maguncia, donde Enrique III estaba con muchos obispos, Hildebrando logró, a pesar de la primera reticencia del emperador, que el hombre que quería fuera elegido en la persona de Gebeardo, obispo de Eichstatt, un hombre sabio de íntegra moral que no aspiraba en absoluto a la Tiara. Acompañado por los legados romanos, Gebeardo llegó a Roma, donde por obra de Hildebrando, fue elegido por segunda vez por el pueblo y el clero, tomando el nombre de **Víctor II.** Es digno de notar que también en esta ocasión, la elección imperial, gracias a la voluntad y habilidad de Hildebrando, parecía ser una mera formalidad y costumbre, mientras que la elección verdadera y constitutiva era la del pueblo y el clero de Roma.

Poco después, Hildebrando fue enviado a Francia por Víctor II para erradicar la simonía. Para ello, en el Concilio que convoca, realiza un milagro que, a pesar de la "brevedad" de este artículo, no puedo silenciar. Había un arzobispo simoníaco que intentó comprar a sus propios acusadores con dinero. Se adentró en medio de la asamblea de obispos, diciendo: "¿Dónde están los que me acusan? ¡Que se levanten los que quieren condenarme!" Hildebrando se volvió hacia él y le dijo: "¿Crees que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola sustancia? Ahora pronuncia bien estas palabras: *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*". y el acusado, por mucho que lo intentara, no podía pronunciar "*et Spiritui Sancto*". Nos pareció a todos un juicio de Dios, el propio acusado se postró a los pies del Subdiácono confesando su culpabilidad de simonía y fue depuesto de las dignidades eclesiásticas. Impresionados por este milagro, otros dignatarios de la Iglesia infectados de simonía también confesaron su pecado.

Papa San León IX

En 1057 el emperador Enrique III murió en brazos del papa Víctor, que se encontraba en Alemania en ese momento, encomendándole el cuidado de su hijo de seis años Enrique (IV) y el Imperio. De vuelta en Italia, el propio Papa murió en Florencia al año siguiente. En su lugar fue elegido canónicamente Federico de Lorena, abad de Montecasino y hermano del duque Godofredo de Lorena (quien, al casarse con la marquesa Beatriz de Toscana, en 1053 había alcanzado un poder considerable en Italia central y norte y era un apoyo para el papado, pero también un enemigo acérrimo del

Imperio) creado cardenal poco antes por Víctor II. Federico adoptó el nombre de **Esteban IX.** Posteriormente, Hildebrando fue **enviado** a buscar la aprobación de la reina madre Inés (regente de su hijo). Esteban IX continuó la reforma emprendida, nombrando al ermitaño San Pedro Damián obispo de Ostia y, por tanto, jefe del colegio de cardenales, manteniendo a Hildebrando da Soana y Umberto di Silva Candida como consejeros; sin embargo, murió prematuramente siete meses después de su elección.

Al quedar vacante nuevamente la Sede Apostólica, los condes de Tusculum lograron imponer a su candidato Benedicto X (Juan obispo de Velletri, hermano de Benedicto IX).

Esta elección fue contraria a las disposiciones de Esteban IX que establecían que no se celebrarían elecciones antes del regreso de Hildebrando de su misión en Alemania (en aquel entonces los viajes eran muy largos... - nota del editor, en adelante nde). De hecho, a su regreso, Hildebrando preparó hábilmente una nueva elección: con los cardenales que habían huido de Roma debido a la tumultuosa "elección" de Benedicto X, Gerardo, obispo de Florencia, fue elegido en Siena en diciembre de 1058 con el nombre de **Nicolás II**.

De camino a Roma, el Papa llegó a Sutri y recibió la reverencia de Benedicto X, quien, reconociendo la virtud del legítimo Pontífice, renunció voluntariamente al pontificado que había usurpado. Este otro éxito también se debía al sabio Hildebrando.

El pontificado de Nicolás II se distingue por acontecimientos importantes, en los que sus consejeros Umberto e Hildebrando desempeñaron un papel más importante que el propio Papa. Los acontecimientos que precedieron a la última elección llevaron a los reformadores, encabezados por nuestro subdiácono, a regular mejor la elección papal para alejarla completamente de toda influencia de los laicos. En el Sínodo de Letrán, celebrado en abril de 1059, se emitió un "*decreto para la elección del Papa*", en el que "se ordenó que la elección perteneciera únicamente a los cardenales (especialmente a los cardenales obispos), y que debería celebrase en Roma, si fuese posible, eligiendo a un miembro del clero romano. Al clero restante, al pueblo de Roma, le pertenecía la aprobación del nombramiento (...); el rey Enrique, como futuro emperador, y sus sucesores, que habían obtenido este derecho de la Sede Apostólica, debían ser reservados para el debido 'honor y reverencia' (esta fórmula probablemente indicaba un derecho de

confirmación o reconocimiento antes de la consagración del papa; según otros, aunque no expresamente declarados, aquí existía la intención de privar al emperador de ese derecho, y cada Pontífice concedió de vez en cuando al Emperador el derecho a confirmarlo) ([17]). Con este decreto querían poner fin a la lucha que "a cada muerte del Papa" se desataba por la elección del siguiente, entre el clero, el pueblo romano y el emperador.

> «El sínodo de Letrán de 1059 también emitió enérgicos decretos para la implementación de la reforma eclesiástica: el clero concubino fue excomulgado y a los laicos se les prohibió asistir a sus misas; estaba absolutamente prohibido recibir una iglesia de laicos, ya fuera de forma gratuita o previo pago (*primera prohibición de la investidura laica*) y la simonía fue nuevamente severamente censurada» ([17]).

A finales de ese mismo año, Hildebrando fue nombrado arcediano de la Iglesia Romana por Nicolás II y, dado que se esperaba una fuerte reacción en Alemania debido al *decreto de elección papal*, trabajó para encontrar una buena alianza en Italia que pudiera servir de contrafuerte al Imperio. Este aliado se encontró en los normandos. En el sínodo de Melfi, en verano de 1059, Nicolás II e Hildebrando de Soana lograron ganarse el afecto de los normandos, que fueron investidos por el papa: respectivamente Ricardo Conde de Aversa con Capua, y su hermano Roberto Guiscardo como duque de la Apulia, Calabria y Sicilia (que aún no habían sido arrebatadas a los sarracenos). Ambos prestaron juramento de vasallos al Papa, obligándose a pagar un impuesto anual y a defender a la Iglesia romana, especialmente la libertad de elecciones papales. Utilizando un ejército pronto puesto a su disposición por los normandos, el Papa debilitó el orgullo de los prepotentes romanos que querían seguir interviniendo en la elección de los papas; reprimió la audacia de los condes de Tusculum, del conde de Galeria y de otros señores feudales. Nicolás también se encargó de la reforma de la Iglesia milanesa, a donde envió sus legados.

Después de ocupar el pontificado durante dos años, seis meses y veinticinco días, Nicolás II fue sorprendido por la muerte el 22 de julio de 1061. El decreto sobre la elección papal y la alianza con los normandos suscitaron indignación en Alemania y provocaron una ruptura en las relaciones del Imperio con Roma. La muerte del Papa abrió la puerta a estas discordias latentes.

Los cardenales, llamados por Hildebrando, se reunieron y eligieron, según las disposiciones de la ley, a Anselmo obispo de Lucca, nacido en Milán, bajo el nombre de **Alejandro II.** Era un hombre de gran humanidad y, por tanto, querido por el pueblo, así como de gran autoridad y costumbres recatadas. La nobleza romana, privada de autoridad por el famoso decreto, envió mientras tanto una delegación a Alemania para celebrar el nombramiento de un nuevo "papa" por parte del rey. Así, la elección de Alejandro II no fue reconocida por el joven rey Enrique IV, quien en la Dieta de Basilea (octubre de 1061) proclamó "papa" como candidato de la nobleza romana y de los obispos lombardos, opositores a la reforma, al obispo de Parma Cadalo que fue el antipapa Honorio II. El cardenal Esteban, de la orden de sacerdotes y monje de Cluny, había sido enviado por los cardenales del cónclave como legado ante el rey Enrique. A pesar de las cartas con las que estaba provisto, este legado no solo no fue admitido en la audiencia, sino que tras esperar en vano tres días (*quienes lo hacen la paga...* 16 años después le ocurrirá un destino similar al propio Enrique IV, con la diferencia de que, dado que la Iglesia es misericordiosa, en cambio será admitido a la audiencia después de tres días... - nde) y, tras ser insultado y vilipendiado, se vio obligado a regresar a Roma, donde solo pudo dar cuenta del fracaso de su misión.

La doble elección condujo a una sangrienta lucha por la sede romana, una lucha que el duque Godofredo de Toscana pudo contener defendiendo la legitimidad del verdadero Papa frente a las pretensiones del Imperio y los lombardos. Un año después, Alejandro II fue reconocido por un legado de la Dieta de Augsburgo y un sínodo de obispos italianos se pronunció definitivamente a favor de Alejandro. Sin embargo, el cisma sólo se extinguió completamente con la muerte del antipapa. Cadalo (1071).

Alejandro II, en un concilio de más de cien obispos reunidos en Roma, renovó los decretos de León IX y Nicolás II contra la simonía y el concubinato de clérigos. Exhortó al hereje Berengario, que había vuelto a sus antiguos errores, a abjurar su doctrina ya tan a menudo condenada por la Iglesia. Y tras haber gobernado la Iglesia de Dios con mucha bondad y erudición, habiendo favorecido la reforma, Alejandro II murió el 21 de abril de 1073.

Hildebrando de Soana se convierte en Gregorio VII

A la muerte de Alejandro II, nuestro arcediano y canciller de la Iglesia romana fue elegido por aclamación del pueblo y el clero de Roma. Era el año 1073 y él tenía unos cincuenta años.

Algunos autores ([18]) relatan que con motivo de la muerte de Alejandro II la población romana manifestó una calma inusual para esas circunstancias. El arcediano Hildebrando ordenó un ayuno de tres días, la recitación de letanías y otras oraciones públicas para atraer las bendiciones del cielo en la próxima elección. Durante el solemne funeral del difunto Papa, hubo un tumulto en la iglesia de San Juan de Letrán y la multitud aclamó: "Hildebrando Obispo" (Obispo de Roma, es decir, Papa). Esta aclamación popular fue ratificada poco después por todos los cardenales, reunidos en la iglesia de San Pietro en Vincoli, con la siguiente fórmula:

> «Nosotros, los cardenales de la Santa Iglesia Romana, nosotros, sacerdotes, subdiáconos, clérigos, en presencia de muchos eclesiásticos y laicos, elegimos hoy en *San Pedro ad vincula*, 22 de abril de 1073, como Sumo Pontífice al arcediano Hildebrando, una persona de gran erudición, gran piedad y de la mayor prudencia.» ([19])

Lectores, perdonad si tengo que interrumpir la historia aquí, que ya ha llegado a la parte más gloriosa e interesante de la vida de San Gregorio VII: el Pontificado. Espero que esta espera por la segunda parte permita a los lectores amar mejor a este santo y disfrutar de los acontecimientos contados hasta ahora. Mientras tanto, el autor podrá trabajar tranquilamente en la preparación del próximo artículo.

Notas

1) ANTONIO SOCCI, en *"30 Giorni"*, febrero 92, pág. 68 *"San Pier Damiani"*.

Es lamentable que Socci, que también es autor de valiosos artículos, haya cometido tal error de perspectiva.

Paradójicamente, la revista "*30 Giorni*" ha adoptado el lema gregoriano "Libertas Ecclesiæ" como ideal de las relaciones entre Iglesia y Estado. Pero, como también demuestra el artículo de Socci, la "libertad de la

Iglesia" no se entiende, al estilo de San Gregorio VII, es decir, la subordinación de un Estado (católico) a la Iglesia, sino más bien al estilo de Pablo VI, como una separación entre un Estado (secular) y una Iglesia que no pide más que libertad (este es el lema del liberal Cavour: *Iglesia libre en un Estado libre*).

2) A. SOCCI, *op. cit*. pág. 71-72.

3) AA.VV. *"L'eredità di Eustorgio"* ed. Ned Milán 1985, pág. 52.

4) DOM PROSPER GUÉRANGER *"L'Année Liturgique"* - Le temps pascal Tome III, ed. Oudin París 1908, págs. 490-492. Ita.: Ed. Paoline, pág. 532.

5) DOM PROSPER GUÉRANGER, *"Institutions liturgiques"*, tomo II, cap. XXI, pág. 450, Le Mans, 1847.

5 bis) ENCICLOPEDIA VATTOLICA, Città del Vaticano 1951, Vol. VI pág. 1134.

6) DOM PROSPER GUÉRANGER, *"Institutions liturgiques", op. cit.*, págs. 453-454.

7) BREVIARIUM ROMANUM, día 25 de mayo Lección V.

8) UMBERTO BENIGNI, *"Historiæ ecclesiasticæ propedeutica"*, Pustet Roma 1905, págs. 89 y siguientes.

9) "Con el privilegio de los otonianos del 13 de febrero de 962, Otón I reconfirmó a la Iglesia de Roma las donaciones de Pipino y Carlomagno y restauró la supremacía imperial conforme a la constitución de Lotario de 824." "Según esta constitución, el Emperador tenía la jurisdicción y control supremos sobre el gobierno papal, mientras que el Papa, como señor del territorio, seguía ejerciendo el poder judicial y administrativo. La elección del Papa debía hacerse libremente por los romanos, de acuerdo con las prescripciones canónicas. Se le reservaba al emperador el derecho a cooperar en el nombramiento de los papas, como habían hecho los emperadores griegos. Este derecho se realiza, incluso y no de inmediato, en la confirmación de la elección del Papa. Además, el candidato elegido canónicamente debía ser consagrado solo tras prestar juramento de lealtad al Emperador. Por otro lado, este derecho del Emperador correspondía al del Papa para coronar y consagrar emperadores."

BIHLMEYER-TUECHLE, *"Storia della Chiesa"* vol. II la Edad Media, Morcelliana Brescia 1983, pág. 67, § 86.6; pág. 81, § 88.4.

10) U. BENIGNI, *op. cit*. págs. 103-104.

11) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit.* págs. 171-172.

12) Algunos quieren rastrear el origen de nuestro santo hasta la noble familia de los Aldobrandini debido a la proximidad de este apellido con el nombre Ildebrando.

13) Para toda la parte biográfica he utilizado los siguientes libros, que citaré más o menos libremente sin comillas para no lastrar el texto: GIOVANNI VOIGT, *"Storia di Papa Gregorio VII e dei suoi contemporanei"*, Angelo Bonfanti Milán 1840; AUGUSTIN FLICHE, *"San Grégoire VII"*, Lecoffe, París, 1920.

13bis) ENCICLOPEDIA CATTOLICA, *op. cit. pág.* 1131.

14) GIOVANNI VOIGT, *op. cit*. pág. 72.

15) Creo que será útil para el lector que dedique unas palabras a recordar cuál fue el papel del monasterio de Cluny en la reforma eclesiástica que se estaba llevando a cabo en el siglo XI.

«El duque Guillermo el Piadoso de Aquitania fundó un monasterio en 910 en Cluny, cerca de Mâcon en Borgoña, confiándolo a la dirección del abad Bernone de Baume. También se aseguró de que el monasterio fuera independiente de cualquier autoridad secundaria, tanto civil como eclesial, y dependiera directamente de Roma. El espíritu de Cluny fue excelente desde el principio. debería vincularse de nuevo a la antigua y severa regla benedictina, y especialmente a la obediencia absoluta al abad, y a una digna celebración de la oración coral y la liturgia, a una disciplina ascética severa, al silencio y la separación del mundo exterior (...).

El ejemplo de una vida devota y disciplina severa, inspirado por las ordenanzas de la antigua Iglesia, que durante mucho tiempo irradió desde Cluny y sus monasterios, no dejó de actuar sobre el clero y laicos seculares, vitalizándolos y estimulándolos. Así, la reforma monástica cluniacense se transfundió en la reforma gregoriana y general de la Iglesia de los siglos XI y XII. Urbano II y Gregorio VII habían sido monjes en Cluny. Unidos estrechamente con el papado, los cluniacenses lucharon contra la simonía, contra los matrimonios de clérigos y otros abusos eclesiásticos.

En Alemania, durante la lucha por las investiduras, los monasterios influenciados por Cluny (Hirsau y sus ramas) fueron las ayudas más valiosas para el partido de la Reforma Gregoriana" (BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit.*, págs. 151-152).

16) Hubo muchas razones que llevaron al gran cisma de Oriente: políticas y, sobre todo, religiosas. Hubo un antiguo distanciamiento provocado por diferencias en idioma, carácter, disciplina, liturgia (un distanciamiento que aún existe con los católicos orientales, pero que no es suficiente para llevar a un cisma). La Iglesia, que es **católica**, es decir, universal, puede unir en sí misma a muchos pueblos con diferentes costumbres y tradiciones, fusionándolos en **la unidad** de la fe.) A estas razones deben añadirse razones políticas como el declive del dominio bizantino en Italia, la fundación de los Estados Pontificios, la restauración del Imperio de Occidente bajo Otón el Grande, que agudizó la aversión de los griegos hacia los latinos. Desde un punto de vista religioso, los griegos acusaron a los latinos porque usaban "pan sin levadura" (la hostia consagrada de los latinos fue declarada "no consagrada" y pisoteada por orden del emperador Constantino y en 1053 Cerulario mandó cerrar los monasterios e iglesias de rito latino en Constantinopla, confiscándolos, acusado de usar pan sin levadura en la Santa Misa), "judíos y medio paganos" porque observaban el precepto del pan sin levadura y del ayuno en el sábado de Cuaresma y porque comían carne de animales asfixiados. Decisiva fue el "*Filioque*", es decir, la doctrina sobre la procesión del Espíritu Santo del Padre **y del** Hijo, universalmente introducida en el Credo en Occidente desde el siglo V y rechazada en su lugar por los orientales.

En Occidente, el Papa no pudo permanecer indiferente a estas acusaciones, por lo que San León IX, para llegar a un acuerdo, envió a sus legados a Constantinopla, quienes, como hemos visto, se indignaron. La culpa de este cisma no debe atribuirse a la Iglesia romana, a Hildebrando (que ni siquiera estuvo presente en Constantinopla... - nde) ni a Umberto di Silva Candida (cf. SOCCI en "*30 Giorni*", *op. cit.*), sino al patriarca Miguel Cerulario, quien, siendo rebelde, quiso arrogarse a sí mismo los privilegios propios del Papa, declarándose patriarca universal y acusando al propio Papa y a la Iglesia Latina de herejía, arrastrando así a toda la Iglesia oriental consigo al cisma. (Cf. BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit.* págs. 119-122; FEDERICO BALSIMELLI, "*Compendio di storia della Chiesa*", Società S. Giovanni Roma, 1900).

Pero, al reflexionar, la profunda razón del cisma griego debe atribuirse más bien al "cesaropapismo", es decir, a la supremacía del poder secular sobre el poder espiritual, que se suma a las razones del orden histórico expuesto anteriormente. En lugar de ser, según la voluntad de Dios, el baluarte y defensa de la Iglesia, el poder secular pretendía esclavizarla persiguiendo a patriarcas dignos, como San Juan Crisóstomo, imponiendo patriarcas indignos sobre Constantinopla y luego obteniendo de ellos esa sumisión que le negaron al Papa (véase el ejemplo de Focio en 858). Desde este punto de vista, la Iglesia ya no era católica ni universal, sino griega y nacional, hasta el punto de preferir el turco al Papa, como ocurrió en el siglo XV.

Siempre sumisa a gobiernos, imperiales, zaristas, comunistas o masónicos, la "Iglesia Ortodoxa" es un triste ejemplo de cómo la Iglesia de Cristo podría haber terminado, incluso en Occidente, sin el papel providencial de San Gregorio VII en particular, y de los Papas en general. Posteriormente, el cisma anglicano, las tendencias galicanas, etc., no fueron más que la repetición, en clave occidental, del mismo error, siempre resurgente, que anula la subordinación que el Estado debe a la Iglesia, buscando en cambio subyugarla y esclavizarla.

17) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit.* págs. 164-165.

18) AUGUSTIN FLICHE, *op. cit.* pág. 7.

19) FEDERICO BALSIMELLI, *op. cit*. págs. 350-351.